

LOS FORASTEROS DEL TIEMPO



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
ENTRE DINOSAURIOS
Roberto Santiago



INCLuye UN JUEGO
DE REALIDAD VIRTUAL



Ilustraciones de Enrique Lorenzo





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: febrero de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2019
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2019
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

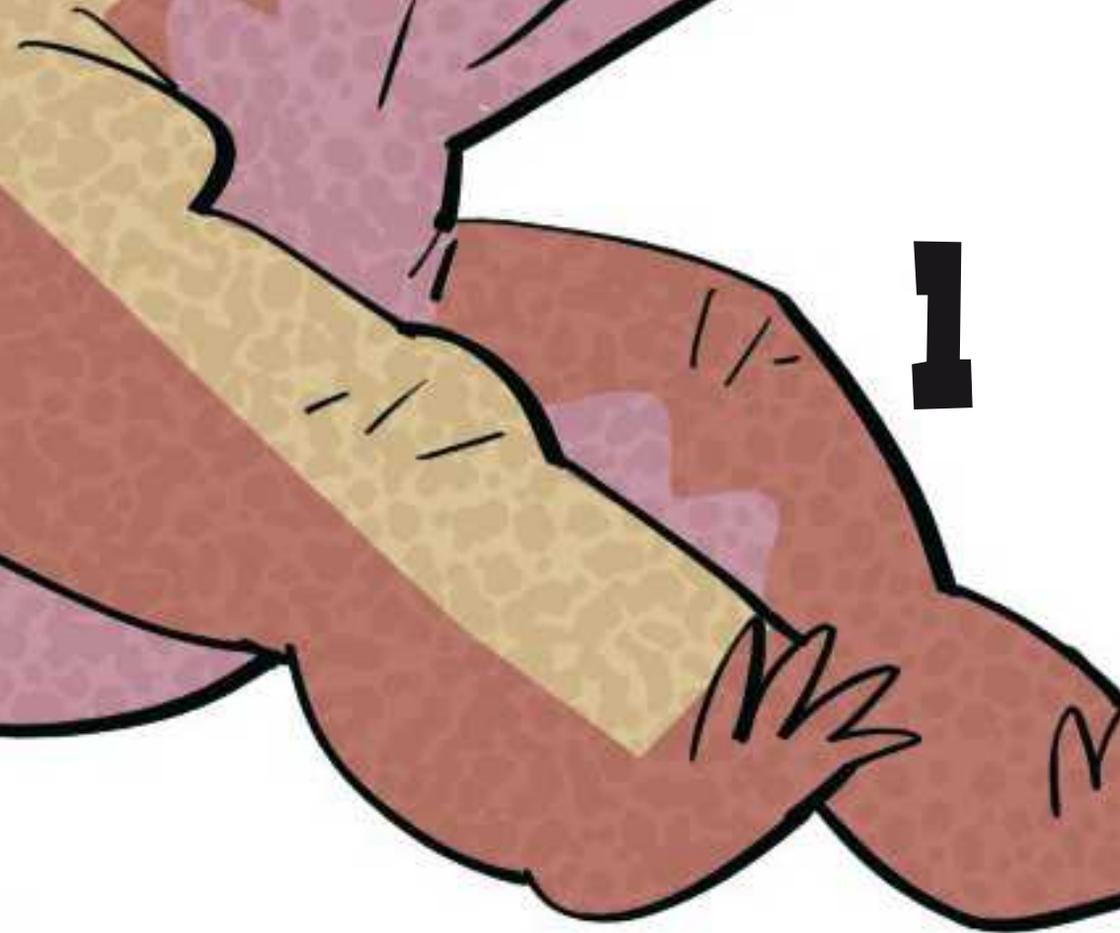
ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-458-9
Depósito legal: M-314-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







Mi nombre es Sebastián Balbuena, tengo once años y soy de un barrio de Madrid que se llama Moratalaz.

Ahora mismo estoy corriendo detrás de un dinosaurio.

Sí, sí, lo habéis entendido bien.

¡Estoy corriendo «detrás» de un dinosaurio!

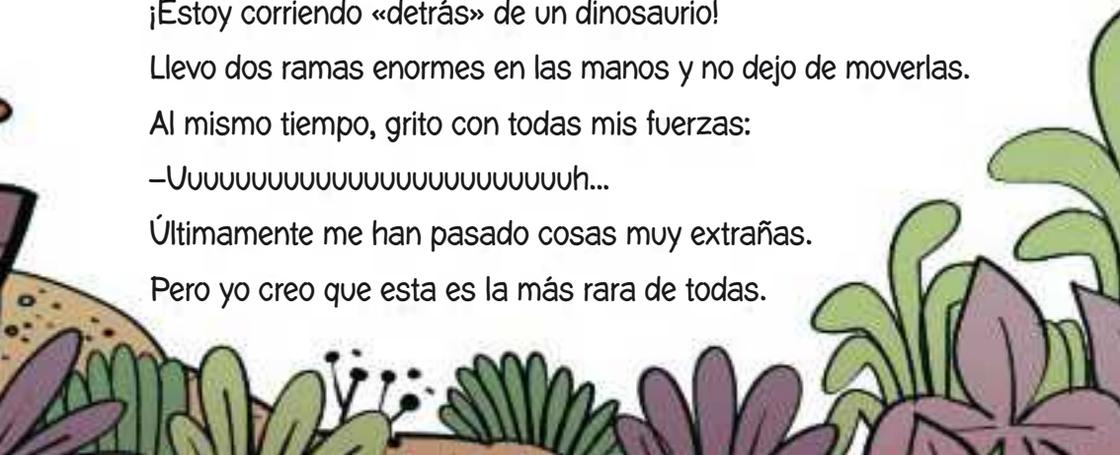
Llevo dos ramas enormes en las manos y no dejo de moverlas.

Al mismo tiempo, grito con todas mis fuerzas:

–Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh...

Últimamente me han pasado cosas muy extrañas.

Pero yo creo que esta es la más rara de todas.



¡Estoy persiguiendo a un dinosaurio gigantesco!

Un *Alamosaurus* enorme que debe de pesar unas cincuenta toneladas.

A cada paso que da, la tierra tiembla y los árboles caen.

Estamos atravesando una selva muy frondosa.

El *Alamosaurus* corre, aplastando todo lo que encuentra: rocas, plantas, árboles...

Yo intento no caerme.

No puedo correr demasiado porque tengo una herida en la pierna. Ya hablaré sobre esa herida más adelante.

Y sigo gritando:

—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh!

A pesar de ser uno de los dinosaurios más grandes que existen, el *Alamosaurus* es completamente inofensivo.

Aunque, por supuesto, te puede aplastar.

Es herbívoro: se alimenta de plantas, helechos y esas cosas.

Tiene un cuello y una cola larguísimos.

Y unas espinas muy llamativas a lo largo de la columna vertebral.

La primera vez que vi uno, me pegué un buen susto.

Pero he descubierto que hay otros dinosaurios mucho más peligrosos.

Y, sobre todo, he descubierto que si gritas mucho y agitas los brazos, el *Alamosaurus* sale huyendo. Por lo menos este que tengo delante.

Así que muevo las dos ramas y grito:

–¡¡¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh!!!

El *Alamosaurus* atraviesa la selva dando zancadas cortas, firmes, rápidas.

No es el animal más veloz del mundo, pero tampoco lo necesita.

Justo a mi lado aparece mi hermana Susana, que tiene un año menos que yo y que, según dice, sabe más que nadie sobre dinosaurios.

Ella también corre con una rama enorme en las manos.

–¡Aparta, Sebas, deja paso! –exclama, y me da un tremendo empujón.

Pasa a mi lado sin detenerse y grita:

–¡Auuuuuuuuuuuuuu! ¡Auuuuuuuuuuuuuu!

Mi hermana puede ser muy... impetuosa.

Cuando aún no me he repuesto del golpe, escucho otra voz detrás de mí:

–¡Quita, quita, quita, que yo también voy!

Veo de reojo a mi vecina María.

Corre a toda prisa.

Lleva dos ramas que golpea haciendo ruido:

¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!

Y también grita:

–¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh! ¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuh!



María me adelanta y sigue corriendo sin parar.

Mi hermana y mi vecina corren detrás del *Alamosaurus*.

Mucho más deprisa que yo.

No hay nada ni nadie que los pueda detener.

Además, parecen picadas entre ellas.

A ver quién de las dos corre más.

Quién grita más.

Quién asusta más a aquel tremendo dinosaurio.

–¡Oye, esperadme! –digo, llevándome una mano a la pierna vendada–. ¡Tenemos un plan!

Pero no me oyen.



Están tan concentradas en el *Alamosaurus* que no me prestan la más mínima atención.

Poco a poco, las voy perdiendo de vista entre la vegetación de la selva.

Solo oigo sus gritos.

—¡Auuuuuuuuuuuu!

—¡Uuuuuuuuuuuuh!

También oigo al *Alamosaurus* alejándose.

El plan es muy sencillo: conseguir que aquel dinosaurio gigantesco llegue corriendo hasta un arroyo cercano y que su aparición asuste a los carnívoros que suelen estar allí y salgan huyendo.



De esa forma, podremos beber agua tranquilamente sin que un animal salvaje nos coma de un bocado.

En esta época, incluso algo tan simple como dar un trago de agua se puede convertir en una gran aventura.

Todavía no lo he dicho, pero es que en estos momentos estoy en una época increíble.

La prehistoria.

Más concretamente, el cretácico. Que, como todo el mundo sabe, va justo después del jurásico.

Hace muchos millones de años.

Es un momento histórico apasionante: la Tierra está poblada por dinosaurios y no hay seres humanos ni ningún animal de los que conocemos hoy en día y...

¡CATACLONCK!

Me tropiezo con las raíces de un árbol y caigo al suelo.

¡Eso me pasa por despistarme!

No estoy acostumbrado a correr por la selva detrás de dinosaurios. Y menos con una herida en la pierna.

Se me han caído las gafas.

Palpo a mi alrededor con las dos manos, buscándolas.

Algo se mueve cerca de mí, unos metros más allá.

Sin las gafas, no puedo distinguir de qué se trata.

Solo veo una figura acercándose.

Tal vez es María, que ha regresado para ayudarme.

–María, ¿eres tú?

No hay respuesta.

Me empiezo a poner nervioso.

–María, di algo, por favor te lo pido –insisto.

La figura se acerca muy despacio.

No parece María, es algo más pequeño.

Yo sigo palpando por el suelo.

Hasta que por fin... ¡encuentro mis gafas!

Me las pongo y levanto la vista.

Lo que tengo delante no es María.

Ni siquiera es una persona.

Es una especie de gallina.

¡Solo que tampoco es una gallina!

Tiene grandes garras.

Y colmillos en el enorme pico.

¡Es una especie de gallina dinosaurio!

¡Tiene una pinta terrible!

Se sigue acercando.

Abre la mandíbula.

Yo retrocedo.

No sé qué hacer.

Entonces, la gallina dinosaurio gira la cabeza, como si hubiera oído algo.

Y sin más...

¡Sale corriendo!

Respiro aliviado, pero solo dura un momento.

Un instante después, aparecen de nuevo María y Susana.

¡Las dos vienen hacia mí!

–¿Pero qué pasa? ¿Por qué volvéis? –trato de preguntar.

–¡Corre, Sebas, corre! –grita María.

–¡Deprisa! –añade Susana.

Ya no llevan ninguna rama en la mano ni persiguen al dinosaurio.

Al revés.

¡Ahora son ellas las que huyen!

–¿Qué ha pasado? –insisto, desconcertado.

–¡No preguntes y corre! –replica mi hermana.

Detrás de ellas, la tierra tiembla.

Y los árboles caen.

Al fondo aparece... ¡el *Alamosaurus*!

–¿Por qué os persigue? –pregunto asustado.

–¡Porque no viene solo! –contesta María.

¡Exacto!

Detrás del *Alamosaurus* aparece...

¡Otro dinosaurio!

¡Lo está persiguiendo a él!

Es...

Es un...



¡*Tyrannosaurus rex*!

¡El rey lagarto tirano!

El dinosaurio más temible y peligroso de todos los tiempos.

Carnívoro.

Superdepredador.

Capaz de atravesar con sus enormes colmillos y su descomunal mandíbula a otros dinosaurios mucho más grandes.

Mi vecina tira de mí.

Los tres corremos con todas nuestras fuerzas.

Todos huimos.

Nosotros tres.

El dinosaurio gallina.

El *Alamosaurus*.

Todos los seres vivos de aquella selva huimos desesperados.

¡Nos persigue un *T. rex*!

